



Lautaro Murúa y Montserrat Julió (1954).

Jaime Azócar
y Cecilia
Cucurella (1979).

Tras la huella de Martín Rivas

MCARMEN RODRIGUEZ
artín Rivas es un personaje mítico, de los que ya no se sabe si son de ficción o si existieron en verdad", dice el director Nelson Brodt, encargado de la cuarta puesta en escena de la clásica novela nacional.

"Es tan fuerte su trayectoria, que se ha hecho casi real. Aunque se nos confunda su origen, Martín Rivas forma parte de la historia de Chile".

A un siglo y medio de aparecer en la mente de Blest Gana, el joven provinciano sigue vivo. No sólo a través de la lectura, que —quieran o no— realizan año a año todos los escolares del país. No sólo por los nostálgicos que se acercan a la novela buscando el romanticismo y la ingenuidad perdidos:

En 36 años, cuatro montajes teatrales han revivido el romance del humilde provinciano y la aristócrata santiaguina. La novela que en 1862 escribió Alberto Blest Gana, se ha convertido en un clásico no sólo de la literatura.

De tiempo en tiempo, Martín Rivas se hace hombre de carne y hueso. No pasan quince años sin que los chilenos sientan la necesidad de verlo, de cuerpo presente, reviviendo su romántica gesta.

Cien años después de su creación y casi como un rito, diferentes compañías —dos independientes y dos universitarias— han hecho cobrar vida en la escena a la mítica obra nacional.

Corría el año 1954, y el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica se atrevió a montar uno de sus proyectos más ambi-

ciosos: hacer del primer *best seller* chileno un montaje teatral "a todo trapo".

El mejor elenco; utilería y vestuario auténticos de la época; el primer escenario giratorio del país, que permitía pasar de un segundo a otro a los diferentes ambientes sociales.

En el Teatro Municipal de Santiago, dirigido por Germán Becker y protagonizado por Lautaro Murúa y Montserrat Julió, la *taquilla* era cosa segura.

"Fue realmente espectacular; más de cien representaciones a teatro lleno, y después la misma

cosa en el Municipal de Viña", cuenta Paz Irrarrazaval. Ella era estudiante de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica —de la que hoy es directora— cuando Germán Becker la llamó para que encarnara a Matilde Elías (la prima de Leonor).

La idea del montaje había sido largamente acariciada por el Teatro de Ensayo. Cuatro años antes habían llamado a Santiago del Campo para que convirtiera la novela en teatro.

En 1950, el escritor se negó rotundamente a adaptarla. Le parecía que mostraba "un universo estrecho y provinciano,

problemas pasados de moda y una retórica ingenuamente inflada".

"Pero de pronto", confesaría después el fallecido dramaturgo, "descubrí el carácter absolutamente nuestro de los personajes de Blest Gana".

"Entendí cómo los chilenos llevamos en la raíz de nuestra personalidad todo lo que me había chocado de los protagonistas de *Martín Rivas*".

Rostros familiares

La misma versión volvió en 1979. Esta vez por el elenco de la Universidad de Chile, bajo la dirección de Juan Pablo Donoso, quien entonces dijo:

"*Martín Rivas* es un mito de nuestra literatura. Por eso es delicado ponerla en escena. Cada lector tiene una imagen propia de sus personajes y nunca los verá encarnados totalmente a su gusto".

"Pero igual vale la pena teatralizarla. Porque para los chilenos, contar la historia de Martín Rivas es como hablar de nuestros abuelitos. Sus defectos y virtudes se diluyen en la condescendencia de lo familiar".

De estos "rostros familiares", Donoso destacó algunos "rasgos muy bellos": la moderación, el respeto por el sentir ajeno y el humor frente a lo adverso. Pero también otros "muy crueles": el arribismo, el afán imitativo y la admiración desmedida por lo extranjero.

El director no pretendió repetir la espectacularidad del primer montaje. Quiso que esa segunda puesta fuera "más austera y quizás más íntima".

"No será el gran espectáculo de hace 25 años, pero reforzará la presencia viva de los personajes", señaló.

Con Jaime Azócar y Cecilia Cucurella en los papeles protagónicos, se repitió el éxito de 1954. Uno que otro traspie con la crítica no opacó el triunfo de tres meses a teatro lleno, además de una gira por el norte del país. A donde fue, *Martín Rivas* llenó teatros.

"El mensaje cambió"

Peró antes, en 1973, había surgido una nueva versión teatral de la novela. Esta vez, una comedia musical. María Elena Gertner escribió los libretos y Tomás Lefever, las canciones. Con Sergio González y Carmen Barros como protagonistas, se esperaba "arrasar" con la *taquilla* del Teatro Cariola.

Todo fue bien durante dos meses, hasta el día 11 de septiembre. Mientras se presentaba en el Municipal de Viña del



PATRICIO ROJAS

Sebastián Dahm y Yani Núñez protagonizan hoy el mítico romance.



José Soza, Gabriela Medina, Enrique Heine y Cecilia Cucurella, encarnaron a la familia Encina en 1979.

Mar, sobrevino el golpe y el elenco se dispersó.

Del montaje no quedó nada: ni fotos ni vestuario. Sólo el texto y las canciones, que fueron rescatados por Prodart, 16 años después, para montar un "espectáculo que lleve, en masa, a la familia chilena al teatro".

También la producción será ambiciosa: 25 actores para 45 personajes; la confección de decenas de trajes de época y un elenco de figuras como Sebastián Dahm, Yani Núñez, Violeta Vidaurre y Aníbal Reyna.

Prodart espera recibir a cien mil estudiantes de enseñanza media en el Teatro Cariola. Y a otros 200 mil a través de una gira nacional. Están confiados en un buen resultado. No en vano han gastado 20 millones de pesos.

El director, Nelson Brodt, habla de las diferencias de este montaje con el de 1973. "Son casi 20 años, que no han pasado en vano. Y menos estos últimos que han parecido cien".

Por eso, María Elena Gertner y Tomás Lefever, readecuaron el texto y las canciones a la actual realidad del país.

"En 1973, el concepto de 'lo chileno', de los valores cívicos, tenía para nosotros una connotación distinta a la de ahora", explica Brodt. "Algunos símbolos que representan el concepto de 'patria' han sufrido un severo desgaste durante estos 16 años. El uso de estos elementos en escena produce un efecto distinto al de aquella época".

Explica que los cambios no son tanto de texto sino de interpretación, de la forma de ver las cosas a través de este pedazo de historia.

"La pugna entre liberales y conservadores de la obra, que a nivel personal es el conflicto Martín—Familia Encina, se va a solucionar con la unión 'matrimonial' de las dos partes. En términos de metáfora, las nuevas ideas se imponen, pero no por la fuerza, sino a través de

un enlace amoroso", afirma el director.

"El anterior montaje terminaba con la historia de que en Chile siempre hemos peleado y protestado, pero que la a larga todo

sigue igual, todos seguimos siendo hermanos. Porque hasta el 11 de septiembre todavía se creía que en Chile 'nunca pasa nada'.

"Si el mensaje de esta puesta

es de reconciliación, es porque se parte de que hay una ruptura. Ahora el asunto es el reencuentro de la 'familia chilena', como tanto se ha dicho. Es lo que está presente en los 90".